



*Analysis of character on the
psychotherapeutic plane*

Case study

Análisis del carácter en el plano psicoterapéutico

Estudio de caso

Andrea Obando Cuéllar

Recibido: septiembre 29 de 2010

Revisado: octubre 4 de 2010

Aprobado: octubre 29 de 2010

Correspondencia: Andrea Obando Cuéllar. Magister en Psicología y especialista en Psicología Clínica. Psicóloga. Docente, Fundación Universitaria Los Libertadores y Universidad Santo Tomás. Bogotá (Colombia). Correo electrónico: obandoCuéllar@hotmail.com

ABSTRACT

The objective of this case study was to analyze the character changes of a patient under the light of psychoanalytic theory through the psychotherapeutic plane. Reviewing the Freudian theory regarding character and the contributions of authors such as P. Schust, W. Reich and M. Balint, they are framed on the review that the character difficulties are related to the configuration of the Id, the alternate structures and the instances of the development that are marked by the child experience.

This case analysis suggests in which way the character alterations of a patient are observed and analyzed on the therapeutic plane and has as objective, analyzing them under the light of psychoanalytical theory.

The methodology and the comprehension of the analytical content of the mentioned study are examined under the light of the speech analysis that allows, under the optics of the theory, understanding the character alterations of a patient on therapeutic process.

Key Words: Character, basic fault, character alterations.

RESUMEN

El objetivo de este estudio de caso es analizar las alteraciones del carácter de una paciente a la luz de la teoría psicoanalítica, a través del plano psicoterapéutico. Revisando la teoría freudiana acerca del carácter y las aportaciones de autores como P. Schust, W. Reich y M. Balint, en la revisión se enmarca que las dificultades del carácter se relacionan con la configuración del yo, las estructuras alternas y las instancias del desarrollo que se marcan por la experiencia infantil.

Este análisis de caso se plantea de qué manera se observan y se analizan las alteraciones del carácter de una paciente en el plano terapéutico, y tiene como objetivo analizarlas a la luz de la teoría psicoanalítica.

La metodología y la comprensión del contenido analítico del mencionado trabajo se examinan bajo la luz del análisis del discurso que permite, desde la óptica de la teoría, comprender las alteraciones del carácter de una paciente en proceso terapéutico.

Palabras clave: carácter, falta básica, alteraciones del carácter.

El problema del carácter aparece muy tempranamente en los desarrollos de Freud, y es tratado, aunque fragmentariamente, desde diferentes marcos especulativos: como vicisitud inherente a las peculiaridades de la disposición humana; o como una consecuencia de la renuncia pulsional impuesta por la cultura; o en su contraste con la neurosis de transferencia; o en la reformulación de la teoría traumática; o en tanto resistencia de la cura.

Dicha tesis fue cobrando un interés creciente a partir de la indagación del narcisismo, de los procesos conducentes a la génesis del yo y del ideal, y de sus perturbaciones. Desde allí, el estudio de ciertas alteraciones del carácter se enlaza con los límites de la analizabilidad; con la hipótesis de la compulsión repetitiva y la fijación al trauma; con los complejos procesos de la defensa y ciertos avatares del acaecer psíquico humano que, en última instancia, responden a la dualidad instintiva y a la presencia de la pulsión de muerte.

Todo estudio del carácter está indisolublemente ligado al modo como se comprendan los procesos que dan cuenta de la constitución del yo, y al modo como este se conceptualice, en tanto el carácter se va configurando con la configuración del mismo yo.

Esto, según Schust (1992), llevó a cuestionarse sobre el contenido y alcance de lo que Freud denomina “alteración del yo”, su naturaleza diversa y sus condiciones etiológicas, denominación que se reitera en variados contextos conceptuales a lo largo de sus obras y que en “Análisis terminable e interminable” se propone circunscribir, enlazándola firmemente con la formación del carácter.

El yo no es el carácter, pero el carácter otorga al yo su peculiaridad, un singular estilo. Consiste en los modos de reacción privilegiados de ese yo, en

la reunión de ciertas propiedades y defectos que le imprimen un sello particular, ya que, como estructura límite, debe conciliar, por sus múltiples servidumbres, las demandas internas y externas, a fin de evitar los estancamientos libidinales conforme al mandato del principio del placer.

Para Schust (1992), resulta necesario recordar la ambigüedad con la que Freud emplea el término “yo”. Término que hasta 1923 equivale a la noción del sujeto psíquico. “Yo” que cobra, a partir de “El Yo y el Ello”, perfiles delimitados como una de las tópicas del aparato psíquico, pero que luego continuará siendo usado por Freud, sea para referirse a la instancia, como en un sentido más amplio (conforme lo hiciera hasta 1923).

Es sabido que estos múltiples sentidos han dado lugar a polémicas en los desarrollos postfreudianos, y a diversas tentativas destinadas a circunscribir los alcances dentro de los cuales debiera aplicarse la noción de “yo”. Algunos autores prefieren mantener la diversidad de sentidos propuesta por Freud, con el propósito de no mutilar las múltiples vertientes conceptuales que esa “ambigüedad” hace posibles.

Freud (1972) afirma que el carácter es una alteración del yo, que tiene su origen en la defensa contra las pulsiones, en tanto el yo ha debido interiorizar, en el curso de su desarrollo, el escenario del conflicto y de los peligros que lo amenazan. En 1937, Freud, al intentar precisar con más rigor la noción de alteración del yo, señala que “el efecto que en el interior del yo tiene el defender podemos designarlo, ‘alteración del yo’; siempre que por tal comprendamos la divergencia respecto de un yo normal ficticio que asegurara al trabajo analítico una alianza de fidelidad inmovible” (p. 1133).

Pero a la vez precisa la convergencia de otra fuente que le era ya familiar desde sus primeros escritos sobre el carácter, cuando afirma que

este es una disposición general del yo, que tiene su origen en cierta vicisitud impuesta a las aspiraciones inherentes a la sexualidad infantil, aspiraciones que solo parcialmente encuentran cabida y logran satisfacerse por vía de su subordinación a la primacía genital.

Esta vicisitud particular consiste en que, por medio de determinadas transformaciones, experimentan una aplicación diversa dentro del yo, forman rasgos de carácter. Efectivamente, solo podrá devenir rasgo de carácter el componente erótico al que se haya sofocado, denegándole su satisfacción directa.

Luego de haber tenido en la primera infancia un destacado privilegio, su zona erógena, los objetos y funciones inherentes a esa aspiración sexual han perdido su significación y se han consumido en la formación del carácter (Freud, 1908). A la vez, magnitudes variables de esas mismas nociones pulsionales de la sexualidad infantil o de sus otros componentes podrían sucumbir a la represión y, ulteriormente, generar los procesos de retorno de lo reprimido que se conocen como síntomas neuróticos.

Todos estos destinos coexisten en proporciones diversas, de modo que la resultante final dependerá de relaciones cuantitativas, del privilegio relativo de una de estas vicisitudes respecto a las restantes, o de la articulación de algunas de ellas en desmedro de otra, sin que ninguna resulte enteramente excluyente. Son entonces estas relaciones derivadas de los diferentes destinos de las pulsiones de la sexualidad infantil, las que se hallan en la base de lo que consideramos normal; lo exigido por la cultura, esa ficción ideal, como la designa, o bien de lo que se considera neurótico, o de lo que se califica como perturbación del carácter (Freud, 1972).

Cabe aquí una breve digresión referida a los enlaces entre normalidad y patología en el terreno

del carácter. No ha sido tarea del psicoanálisis definir los límites de la normalidad. La definición que Freud propone de ella, que se mencionó anteriormente, es bastante elocuente. Es innecesario señalar que la formación del carácter es un acontecer universal, aunque no constituye un proceso unívoco.

Las operaciones implicadas en la génesis del carácter pueden ser normales (desplazamiento, formaciones reactivas, identificaciones, etc.) y su resultante, patológica (Schust, 1992).

Así, por ejemplo, la formación del superyó por vía de identificaciones o formaciones reactivas es un proceso normal y universal. El modo en que el superyó incide en el carácter es una resultante singular dependiente de las relaciones recíprocas entre el yo y el superyó (y por ende de las cualidades singulares de ambas instancias). Resultante que puede ser normal o patológica.

Para Schust (1992), este distinguir entre proceso operatorio y resultante caracterológica es necesario tratándose de las relaciones entre normalidad y patología; recordando que los conflictos que tempranamente han de ser tramitados por los humanos no difieren esencialmente (sino en su acaecer temporal y en su intensidad). Tampoco difieren grandemente los procesos a los que se puede apelar para hacer frente a dichos conflictos, sobre todo en dicha edad temprana. Lo que no excluye que haya diferencias en lo que concierne a la resultante. Por ello el autor subraya que esta, en su singularidad, depende de la acción recíproca y del privilegio de diferentes vicisitudes.

Sin embargo, señala que Freud (1972) advierte que no se debe reducir el parentesco del carácter con el yo tópico, en la misma medida en que no se debe extremar la diferenciación de ese mismo yo, con respecto a las restantes estructuras del aparato psíquico.

El yo se ha ido constituyendo como una diferenciación a partir de una matriz original, el ello (o ello-yo, precisamente en tanto no existe una diferenciación original).

A su vez, el superyó es un estadio, grado o instancia interior del propio yo, y, como sabemos, su construcción “es el fragmento más importante y decisivo” de la creación del carácter. Las peculiaridades del carácter, esos “modos privilegiados de reacción del yo”, no se circunscriben a la relación con la realidad exterior, a las investiduras de objeto; incluyen y definen también la relación del yo con las restantes estructuras intrapsíquicas (Freud, 1972).

Al referirse al carácter, su génesis y sus perturbaciones, establece su estrecha vinculación con la cultura. Esta relación es múltiple y compleja. En sentido estricto, el carácter se deriva de la renuncia pulsional, renuncia que en buena medida responde a los mandatos y requerimientos culturales que apartan la libido de sus cauces originarios y la orientan por otros caminos, más acordes a la consecución de los rendimientos afines a los intereses de la propia cultura (Schust, 1992).

El carácter, o ciertos rasgos, resultante de dicha renuncia impuesta por la cultura, puede ser más o menos sintónico con esa cultura que ha participado en su génesis. El grado de dicha sintonía determina su normalidad o bien su condición patológica.

Todo el desarrollo cultural se edifica sobre la renuncia de una satisfacción pulsional directa. Pero es cierto también que no toda renuncia a dicha satisfacción es atribuible a las exigencias culturales.

Freud (1972) señala que hay razones internas, intrínsecas a la misma disposición sexual humana, que son también responsables de un

tal desligue de la libido de sus fines y objetos primigenios, aquellos conducentes a su plena cancelación placentera. Enuncia tres diferentes órdenes de factores, de los cuales el primero es inherente a la condición compleja y bisexual de la sexualidad humana.

Esta condición hace posible que las pulsiones parciales que la configuran puedan estorbarse recíprocamente en la consecución del placer; no hallen satisfacción en un mismo objeto; accedan dificultosa y solo parcialmente a una síntesis igualmente satisfactoria para todas ellas; resulten más o menos compatibles con las orientaciones dominantes del yo, etc. Por ello, se verán impulsadas por otros caminos, a fin de alcanzar alguna forma de derivación, o deberán tolerar profundas transformaciones para encontrarla.

El segundo de los órdenes de factores que Freud (1972) describe, determinantes de esta renuncia pulsional de origen interno, “se deriva de que el vínculo erótico, además de los componentes sádicos que le son propios, con harta frecuencia lleva acoplado un monto de inclinación a la agresión directa” (p. 1231). Estas tendencias agresivas tienen su origen en la pulsión de destrucción, o más precisamente en la magnitud de esta que no pudo ser fusionada por la libido como componente sádico subordinado a la genitalidad.

Presencia de impulsos agresivos directos que habrán de ser coartados en interés de la propia satisfacción libidinal, con vistas a preservar el objeto amoroso. Ellos se orientarán sobre la propia persona. Ambivalencia inherente a la condición humana que es el factor determinante para la génesis de la moral, de los sentimientos de solidaridad social, del sentimiento de culpa y la necesidad de autocastigo.

Esta lucha, dice Freud (1972), si bien tiene su origen en la dualidad pulsional, “no es un retoño de la oposición, que probablemente sea

inconciliable, entre las pulsiones primordiales, Eros y Muerte; implica una querrela doméstica de la libido, comparable a la disputa en torno a su atribución entre el yo y los objetos” (p. 2140).

Se trata de una disputa a favor del privilegio de la libido objetal por sobre la investidura narcisista. Ambas son derivadas de Eros, quien impulsa a la ligadura libidinal en agrupamientos mayores e impone la coartación de la destructividad vuelta sobre los objetos a fin de conservar esa ligadura, necesaria a la preservación de la vida. A la vez, por vía de la coartación agresiva, amenaza estos mismos propósitos y expone al sujeto a su propia destrucción.

El tercer orden de factores, y el más poderoso, que aparta las mociones pulsionales de su consumación directa y plena conforme a sus fines primigenios, se vincula a la herencia arcaica. Es una peculiar renuencia de la sexualidad humana que la induce por otros caminos y a otros destinos. Esta renuencia es una consecuencia de la represión orgánica, que, desvalorizando las excitaciones olfatorias y el privilegio de los componentes anal-eróticos, amenazó con subvertir y desestimar la sexualidad completa.

En estas formulaciones, Schust (1992) afirma que Freud (1972) sostiene su convicción de que hay propiedades inherentes a la propia condición humana que imponen cierta cuota de renuencia y alientan otros destinos libidinales, no sexuales, en los que se afirma la cultura a fin de preservarse a sí misma. Uno de estos otros destinos pulsionales es la formación del carácter, y lo es, como veremos, por más de un proceso.

Los caminos recorridos para su génesis, esto es, las identificaciones, la sublimación, las formaciones reactivas, los vínculos amorosos de meta inhibida, etc., son destinos libidinales en los que se afirma la cultura para contrarrestar las disposiciones pulsionales, eróticas-agresivas, que de

continuo amenazan disolverla. La formación del carácter es, por tanto, una pieza necesaria para el desarrollo cultural, la preservación de este patrimonio de la humanidad, y uno de sus más destacados exponentes.

Constatación paradójica porque delata que el carácter, definido como peculiar singular del yo, es a la vez exponente de lo otro cultural que ha contribuido a su génesis. Para otros autores, como Reich (1997), la experiencia clínica ha hecho necesario distinguir un grupo llamado resistencias caracterológicas, el cual permite, en consecución de Freud, el análisis del carácter.

La forma de las reacciones típicas que difieren de carácter a carácter, aunque los contenidos puedan ser iguales, está determinada por las experiencias infantiles, tal como lo está el contenido de los síntomas o de las fantasías del individuo. El síntoma, para Reich (1997), nunca está tan racionalizado como el carácter; el síntoma aparece como carente de sentido mientras que el carácter se racionaliza en medida suficiente para no aparecer como patológico.

Comparado con el rasgo de carácter, el síntoma posee una construcción muy simple en lo referente a significado y origen. Mientras que el síntoma corresponde a una sola experiencia o esfuerzo, el carácter representa el modo de ser específico de una persona, una expresión de la totalidad de su pasado. Un síntoma puede desarrollarse de manera repentina, mientras que cada rasgo individual de carácter requiere años para su formación. El síntoma no se hubiera desarrollado repentinamente si no hubiera habido una base caracterológica de reacción neurótica.

La totalidad de los rasgos neuróticos de carácter son un mecanismo de defensa compacto, que se opone a la terapia, llamada por Reich (1997) “coraza caracterológica” que sirve a una finalidad económica definida: por una parte,

como la protección contra los estímulos provenientes del exterior y, por otra, defiende de los impulsos libidinales internos; dicha coraza puede desempeñar esta tarea porque las energías libidinales y sádicas se consumen en las formaciones reactivas, en las compensaciones y en otras actividades neuróticas.

Como el carácter ha establecido cierto equilibrio de protección a través de la coraza, la terapia representa un peligro para ese equilibrio; por eso las resistencias se originan en ese equilibrio de protección narcisista (Reich, 1997). La resistencia del carácter no se manifiesta en el contenido del material de la sesión, sino en los aspectos formales del comportamiento general, en la manera de hablar, de caminar, en la expresión facial, en las actitudes típicas de alternería, sonrisa, burla, agresión, cortesía, censura, minuciosidad, provocación, etc. Lo específico de la resistencia caracterológica no es lo que el paciente dice, sino cómo habla y obra, ya que el carácter desempeña en la vida corriente el mismo papel que en la terapia, es decir, un mecanismo de protección psíquica (Reich, 1997).

Con esto, en términos económicos, para Reich (1997), el carácter en la vida normal, y la resistencia caracterológica en la terapia, contienen la misma función: evitar el displacer, establecer y mantener un equilibrio psíquico y absorber energías reprimidas. Es decir que, en la terapia, una de sus funciones cardinales es la de ligar la angustia flotante, o absorber energía contenida.

Para Reich (1997), no importa cuál sea la forma del carácter, su función básica es construir una coraza contra los estímulos del mundo exterior y contra los impulsos internos reprimidos. Así mismo, la forma externa de esta coraza tiene dos determinantes históricos específicos. El primero tiene relación con el carácter de las personas que ejercen la principal influencia educativa sobre el individuo, y el segundo, la

etapa del desarrollo en la cual se producen las frustraciones decisivas. Con esto, debe existir una relación definida entre las manifestaciones externas del carácter, sus mecanismos internos y la historia específica de su desarrollo.

Todo tipo caracterológico desarrolla sus propios mecanismos. No basta con conocer las funciones básicas del carácter de una persona; se debe descubrir desde un comienzo de qué manera específica sirve el carácter a esta función. Como el carácter absorbe la mayor parte de la libido (y de la angustia), y como además la tarea es liberar de su anclaje crónico en el carácter cantidades esenciales de la energía sexual, y ponerlas a disposición del aparato genital y de la sublimación, el análisis del carácter lleva a la raíz misma de la función placentera (Reich, 1997).

Dichas dificultades del carácter tienen bastantes puntos de conflicto, que, en términos de Reich, se relacionan con las determinadas fijaciones dentro de las estructuras del desarrollo. A este análisis de las estructuras del desarrollo se suman autores, como Michael Balint (1993), que desarrollan el concepto de la falta básica, concepto del cual propone un periodo preedípico, anterior al que plantea Freud del *Complejo de Edipo*, pero que decide llamarlo de otro modo, ya que no posee las características propias de lo edípico.

Balint (1993) observa, en su trabajo analítico, ciertos pacientes que no son capaces de interpretar, de comprender el análisis que el psicoanalista hace luego de recabados todos los datos de la vida del sujeto. Estas interpretaciones son sentidas por el paciente como un ataque o una exigencia exagerada sobre su persona; son individuos que interpretan a su modo al analista y parece que en la contratransferencia denotan un cierto esfuerzo por penetrar la piel del analista y saber todo lo que hace o piensa. Se quejan de sentir un constante vacío en sus vidas, se sienten inservibles y se muestran apáticos.

Por todo lo anterior, Balint (1993) plantea que estos sujetos tienen alguna carencia, en una etapa preedípica, en un lenguaje que no es propio del lenguaje adulto; por lo mismo no entienden las interpretaciones que provee el análisis. Balint (1993) lo denomina estadio de la “falta básica”; lo nombra así ya que todos estos pacientes plantean que “les falta algo”, tienen un sentimiento de vacío, no producto de un complejo o conflicto, sino que dicen experimentar que en algún momento de sus vidas alguien les falló o los descuidó; se configura así una falta básica, ya que esta falta opera en toda la estructura psicobiológica del sujeto.

Balint (1993) propone que este estadio funciona intrínsecamente distinto al complejo de Edipo; por eso se abstiene de formularlo como una etapa “preedípica”, por las siguientes razones: a nivel general, el complejo de Edipo ocurre en el contexto de una relación del tipo triangular, y es inseparable del conflicto que surge de las relaciones de estos tres objetos; opera predominantemente el lenguaje adulto.

En cambio, para el autor, en el *estadio de la falta básica*, las relaciones son diádicas, y cualquier tercer elemento aparece como carga o tensión en el sujeto. La naturaleza dinámica de esta etapa es no conflictiva. Por lo que propone, en general, al trabajar con pacientes, identificar en qué estadio se podría ubicar la problemática del sujeto, para abordarla con el lenguaje apropiado, y en el caso de pacientes con la dinámica de la falta básica, contener antes que interpretar (Balint, 1993).

De acuerdo con las teorías mencionadas, este trabajo, a través del estudio clínico de un proceso psicoterapéutico, se plantea como pregunta problema ¿de qué manera se observan y se analizan las alteraciones del carácter de una paciente en el plano psicoterapéutico?

Por lo tanto, el artículo busca analizar las alteraciones del carácter de una paciente a la luz de la teoría psicoanalítica a través del plano psicoterapéutico.

Estudio de caso

Mujer de 21 años de edad, quien asiste a proceso psicoterapéutico de dos sesiones semanales, con el objetivo de analizar las dificultades en sus relaciones vinculares con la figura materna y su proceso de adaptación.

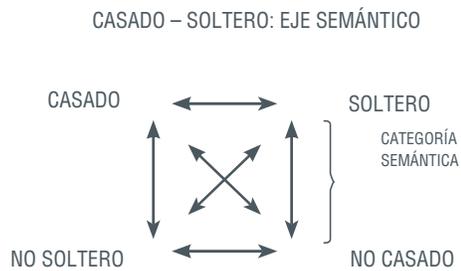
La paciente, denominada July, presenta una característica física predominante, relacionada con la presencia de dermatitis en su rostro y brazos. Así mismo, historial de cuadros depresivos con intentos de suicidio manejado desde los 15 años de edad por psiquiatría. La estructura familiar de la paciente se encuentra conformada por la madre, el padre y dos hermanos mayores que ella. Actualmente la paciente se dedica a estudios de artes plásticas.

El estudio de sesiones psicoterapéuticas se realiza con el método de análisis del discurso, utilizando el modelo citado por Greimas (1971) y revisado por Kornblit (1984); permite establecer un equivalente semiótico que a través del discurso descifre los contenidos del inconsciente, basándose principalmente en la relación entre determinados objetos del mundo con el sujeto, dando una exposición semejante a la interpretación de los sueños por Freud, donde el enfoque conceptual puede aprehenderse solamente en función de las propiedades que se vinculan entre sí.

Puede decirse que la estructura elemental es un modelo lógico sobre las articulaciones entre las relaciones lógicas elementales: contradicción, contrariedad y complementariedad, donde la articulación entre estas relaciones

puede representarse visualmente bajo la forma del cuadro semiótico, que convierte la relación entre dos términos, sean X, Y, llamada eje semántico, en una categoría semántica, que es así el resultado de la aplicación de la articulación lógica.

Modelo de análisis del discurso (estructura elemental de significación).



(Relación entre contrarios: casado – soltero. Relación entre subcontrarios: no soltero – no casado. Relación entre contradictorios: soltero – no soltero. Relación entre complementarios: soltero – no casado. Casado – no soltero).

Análisis

Fragmento de sesión

Sesión uno

Es una mujer llamada July, de 21 años de edad, viste sudadera, gorda, de cabello negro y piel blanca, en su rostro y brazos tiene un brote como si fuera acné. (Cuando la veo, me produce repulsión). Le digo que se siente. Al indicarle esto, la paciente se recuesta en el escritorio cubriendo su rostro y brazos con el saco de la sudadera (yo me inquieto y me pregunto por qué razón está tomando esa posición); guardo silencio, y solamente escucho que está llorando y empieza a hablar.

July: es que mi mamá siempre me ha dicho que yo soy un monstruo, desde que yo era pequeña, mi mamá prefiere a mis hermanos, para ellos es todo,

a mí siempre me juzga, que me cuide que por eso es que estoy enferma, que si yo me prestara más atención no estaría así.

Psicóloga: ¿y cómo estás?

July: pues así, con el brote, es que cuando yo era niña, le dijeron a mi mamá que yo sufría de asma y que por esa razón se me podía brotar la piel, cuando me da el ataque y me empiezo a ahogar, se me enrojece la cara y a los días me sale el brote.

Psicóloga: ¿y qué causan los ataques? (aún sigue sin levantar su rostro).

July: pues, es que yo me peleo con mi mamá o me va mal en general y como que la angustia hace que me falte aire y me toca utilizar el inhalador, es que mamá siempre se queja de la apariencia física, que mis hermanos estén arreglados, muy bonitos, yo tengo dos hermanos, uno tiene 24 y el otro 26, son churros, que no tienen problemas de asfixia, de asma... bueno, mi mamá dice eso, que van a conseguir novias lindas.

Psicóloga: ¿y a ti cómo te hace sentir?

July: pues mal, ella siempre habla que fue modelo cuando era joven y yo creo que ella también quería lo mismo para mí; cuando estaba en el colegio hacían un reinado, la niña más bonita por curso participaba, cuando era la elección invitaban a los papás, un día (lo dice llorando) ella le dijo a mi papá que si yo no fuera así como soy, hubiera concursado. Por eso entiendo que me diga que soy un monstruo, también las personas piensan eso de mí.

Psicóloga: ¿seguramente tú crees que yo pienso eso de ti y por esa razón no me dejas ver tu rostro?

Silencio (pasan casi 10 minutos en silencio, yo me siento mal, por ella, me genera tristeza que su mamá la rechace, pero también creo que la

madre no puede ser tan mala, que a lo mejor la angustia y rabia que siente hacia su madre no le dejan ver las características buenas del objeto).

July levanta su rostro, toma un pañuelo de papel del escritorio y se seca las lágrimas, y me pregunta:

July: ¿ya se va a acabar la sesión?

Psicóloga: ¿qué te hace pensar que ya se va a acabar la sesión?

July: pues como usted tiene que ver otros pacientes y la están esperando afuera, yo creo que el tiempo ya se pasó.

Psicóloga: ¿qué te hace creer que yo no tengo tiempo para ti?

July: no sé, ehh... que a veces siento que las personas se cansan rápido de mí. O pues les incomoda mi presencia (en ese momento pienso que ella ha notado mi incomodidad y que a lo mejor quiere decirme que yo me siento así con ella).

Psicóloga: tal vez, al creer que las personas se cansan de tu presencia, que si yo te doy a entender que puedes quedarte aquí, me comportaría diferente a los demás y eso haría que no te quisieras ir.

(Me quedo en silencio).

Quizás, para ti, el desear acabar la sesión implica que no pensemos por qué es más fácil resguardarte en ese caparazón.

Fragmento de sesión

Sesión seis

Psicóloga: hoy te he notado muy callada, me da la impresión que estuvieras desconectada. (Hago referencia al término, ya que en las últimas dos

sesiones July insiste en tener dificultades en las relaciones interpersonales, señalándolas como la incapacidad propia de conectarse con los demás, lo cual me hace preguntarme si esa misma sensación se vivencia en la relación transferencial).

July: ¿Usted ha visto una película llamada “El señor de las moscas”? Trata sobre unos niños que se pierden en una selva o playa, creo... pero todos se terminan matando por el poder del liderazgo. Hubo un momento en que me dio mucha risa, porque me pareció inverosímil que unos niños se estuvieran matando. (Se ríe al hacer el comentario).

Psicóloga: ¿por qué inverosímil que unos niños se estuvieran matando?

July: porque los niños no se matan, son tan frágiles, tan inocentes, como que hasta ahora están aprendiendo a vivir, y ¡zassss! Es como si les llegara un tablazo muy fuerte en la espalda y no se pudiera ocultar el dolor; me identifiqué con los niños de la película, porque yo también quisiera huir, escaparme, no perderme en una isla, solo que yo no sentiría dolor, porque sería mi decisión.

(July ha asistido a consulta por psiquiatría, desde los 15 años de edad, época en la cual intentó suicidarse al consumir en gran cantidad el antidepresivo que le fue medicado; en la actualidad sigue con sus controles, ya que el cuadro depresivo se mantiene; en contacto telefónico con su psiquiatra, este indica la sospecha de un cuadro de personalidad, principalmente por los síntomas depresivos tan marcados, sin ninguna positiva evolución, y por sus dificultades anteriores con la adherencia a la psicoterapia).

Fragmento de sesión

Sesión diez

July: ayer me peleé fuertemente con mi mamá, pues el próximo sábado es mi cumpleaños, y me dijo que por qué no planeábamos hacer una

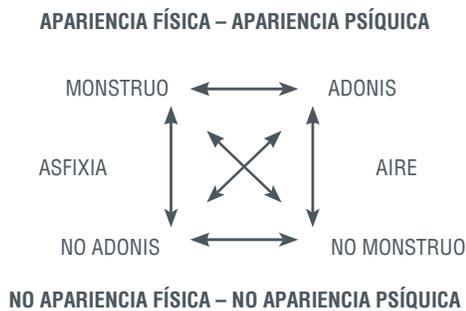
fiesta, me dió mucha risa, porque qué amigos tengo yo, ninguno y menos con quien me quiero dejar ver, pero es que es como si ella fuera la que va a cumplir, y me dijo que me regalaría ropa, pero que no quería que fuera esas sudaderas que yo siempre uso, que estuviera a la moda, como lo hacen mis hermanos, que me compraba un jean descaderado, Converse, blusitas; yo no tengo cara ni cuerpo para eso. Ella siempre busca la forma de atacarme, de hacerme quedar mal, de mostrarme lo fea que soy, que la gente se burle de mí, porque, claro, finalmente su fiesta será con sus amigos, que no son los míos.

Análisis del discurso

Sesión uno

La relación transferencial del proceso terapéutico con July permite aclarar los tres factores propuestos por el pensamiento freudiano para la delimitación del concepto del carácter.

Estructura elemental de significación



Cuando la paciente ingresa al consultorio la sensación que me genera con su lenguaje no verbal es que llega con mucha rabia, cuando se sienta se cubre su rostro y brazos con un saco y con sus manos. Lo que me crea contratransferencialmente es repulsión por su apariencia física, ya que su rostro y brazos tienen como un tipo de brote o dermatitis. Durante la sesión, July manifiesta: “mi mamá siempre me ha dicho que soy un monstruo”. En ese momento comprendo por qué ella se cubre su rostro; pienso que tal vez ella no quiere mostrarme lo monstruo que siente que es y a la vez entiendo desde la transferencia por qué siento repulsión al verla.

Aquí las tendencias agresivas que tienen origen en la pulsión de destrucción, con vistas a preservar el objeto amoroso, se orientarán sobre la misma persona, determinando así sentimientos de culpa y la necesidad de autocastigo. La pulsión de muerte expone al sujeto a su propia destrucción.

Yo me peleo con mi mamá o me va mal en general y como que la angustia hace que me falte aire y me toca utilizar el inhalador; es que mamá siempre se queja de la apariencia física, que mis hermanos estén arreglados, muy bonitos, yo tengo dos hermanos, uno tiene 24 y el otro 26, son churros, que no tienen problemas de asfixia, de asma... bueno, mi mamá dice eso, que van a conseguir novias lindas.

Esta condición hace posible que las pulsiones parciales propias del carácter no hallen satisfacción en un mismo objeto; esto permite que se acceda de forma dificultosa, y solo parcialmente, a una síntesis de la experiencia; indica las pulsiones destructivas que dominan al yo.

Ella siempre habla que fue modelo cuando era joven y yo creo que ella también quería lo mismo para mí; cuando estaba en el colegio hacían un reinado, la niña más bonita por curso participaba, cuando era la elección invitaban a los papás; un día (lo dice llorando) ella le dijo a mi papá que, si yo no fuera así como soy, hubiera concursado. Por eso entiendo que me diga que soy un monstruo; también las personas piensan eso de mí.

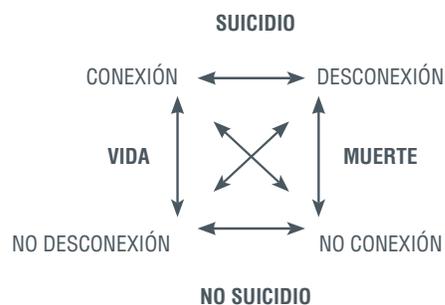
En el caso de July, la herencia arcaica se vincula con la propia cuota humana que impone cierta renuncia y alienta otros destinos libidinales, en los que se afirma la cultura y la formación del carácter. Así, la formación del carácter (normal o patológico) define, en el caso, ambivalencia en la identificación de la paciente con su madre, que la contrapone con la identificación de lo femenino; desinterés de la pertenencia social por

la investidura de pulsiones agresivas del yo y la representación de los objetos.

Perturbaciones del carácter por acrecentamiento de la destructividad vuelta sobre la persona propia. Desde esta óptica, la génesis del carácter queda firmemente emparentada a los destinos del narcisismo, donde las maniobras defensivas establecen una serie de barreras, que comportan la sofocación cultural y así la deformación del carácter, pues la estructuración el aparato psíquico cristaliza a la vez las relaciones recíprocas prevalentes entre los sistemas que lo conforman. Uno de los efectos más notables del modo en que se establecen dichas relaciones es la organización caracterológica resultante, sea normal o patológica.

Sesión seis

Estructura elemental de significación



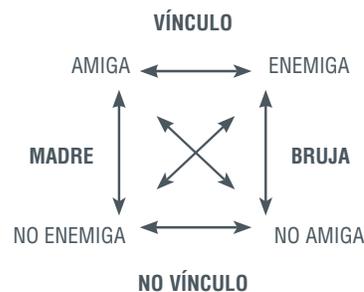
Paciente: porque los niños no se matan, son tan frágiles, tan inocentes, como que hasta ahora están aprendiendo a vivir, y ¡zassss! Es como si les llegara un tablazo muy fuerte en la espalda y no se pudiera ocultar el dolor; me identifiqué con los niños de la película porque yo también quisiera huir, escaparme, no perderme en una isla; solo que yo no sentiría dolor, porque sería mi decisión.

Dichas tendencias agresivas de July tienen su origen en la pulsión de destrucción citada por Freud, en tal magnitud que no pudo ser fusionada por la libido como componente sádico subor-

dinado a la genitalidad. Presencia de impulsos agresivos directos que habrán de ser coartados en interés de la propia satisfacción libidinal, con vistas a preservar el objeto amoroso. Ellos se orientarán sobre la propia persona. Ambivalencia inherente a la condición humana que es el factor determinante para la génesis de la moral, de los sentimientos de solidaridad social, del sentimiento de culpa y la necesidad de autocastigo.

Sesión diez

Estructura elemental de significación



Estructura elemental de significación analizada a través de la interpretación del test de Rorschach (instrumento utilizado como complemento del ejercicio psicoterapéutico).

En cuanto a su mundo interno, se observa una persona temerosa y retraída, con la dificultad de aceptarse a sí misma, al igual que reprimida frente a sus deseos y fantasías. Su concepto de sí misma se ve influenciado por las demandas del entorno, en especial por la necesidad de identificarse con objetos cercanos que le brinden estabilidad y resguardo frente a sus vacíos afectivos. Este elemento es su mayor fuente de conflicto interno, ya que su dificultad radica en la sensación de vacío original de una falla básica con sus figuras parentales, quienes son percibidas como persecutorias, mostrándose como objetos parciales donde cualquier percepción errónea del afecto la lleva a escindir los objetos entre buenos-gratificadores y malos-frustradores. La relación con sus figuras parentales se muestra

caótica, por la percepción de una madre poco contendora (*holding*) de las necesidades afectivas, lo cual la llevó a introyectar una figura femenina hostil y agresiva; la imagen paterna se observa idealizada, lo que la lleva a percibir a las figuras masculinas como su mayor fuente de contención, aunque en ocasiones, cuando esta no responde a sus demandas, es escindida como un objeto malo y el motor de su tristeza. Esto se vincula, de igual forma, con la relación con el entorno, ya que su conflicto emerge cuando los elementos del afuera tocan el área afectiva de la persona, señalando así un trastorno de corte afectivo.

En cuanto a su estructura yoica (sí mismo), se observa una estructura débil, con rasgos impulsivos, con la dificultad de establecer y mantener vínculos, con una insatisfacción con respecto a su imagen interna y externa, la cual se relaciona con interrogantes que le asustan y que le obstaculizan su capacidad de observarse a profundidad y hacer procesos de introspección de su conflictiva. Es una persona que se percibe impotente y desamparada frente a los cambios del entorno, lo cual la lleva a actuar un rol pasivo, que solo le permite observar, escuchar y criticar pasivamente las demandas de su contexto. De igual forma, se muestra exigente y crítica consigo misma, pero más en una actitud de defensa y angustia con relación a la represión de sus impulsos. A través de la formación reactiva, intenta mantener fuera de su conciencia su sensación de tensión y conflicto, encontrando que sus defensas se tornan frágiles ya que el éxito de este proceso no se logra, lo que reafirma su sensación de impotencia y desamparo.

Por otro lado, la vida de sus impulsos, que es manejada con total represión, lleva a que sus valores y ambiciones se conflictúen por la dificultad de verbalizar al entorno sus necesidades afectivas, las cuales son excesivamente controladas por el sistema de valores que su contexto cultural le ofrece. Esta carencia afectiva se ve

pobremente amortiguada por sus resortes internos, lo cual se expresa en el afuera en formaciones de tipo somático.

Lo anterior señala que la persona reacciona a los estímulos del afuera, en especial hacia las implicaciones emocionales que este le demanda. Finalmente, su prueba de realidad no se observa comprometida, aunque percibe la realidad como la encuentra, sin preocuparse de si la percibe claramente, y tendiendo a realizar escasos elementos de confrontación con su mundo interno y su mundo externo.

Discusión

El trabajar y analizar a una mujer con dificultades en el carácter muestra, entre las teorías psicoanalíticas, cómo la estructura de personalidad afecta directamente el desarrollo de un proceso y la creación hipotética de los cambios estructurales a través de la interpretación transferencial.

En el trabajo con July, sus marcadas pulsiones de agresividad y dificultad en la vinculación afectiva con los objetos del mundo que la rodean, antepone las dificultades propias del proceso psicoterapéutico, donde la relación transferencial se puede conectar con las dificultades internas de percibir los objetos del mundo externo como objetos dadores de contención y protección, pero también con la cualidad de agresividad latente en cada ser humano y en el desarrollo de la personalidad permite un punto de integración.

Como categorías relevantes de identificación en este proceso, las necesidades afectivas se analizaron a la luz de la teoría de la falta básica, de Balint, en la cual este señala que los pacientes plantean que “les falta algo”, que tienen un sentimiento de vacío, no producto de un complejo o conflicto, sino su experiencia es que en algún momento de sus vidas alguien les falló o los descuidó. En relación con esta afirmación, en July se observa

continuamente la demanda afectiva a la figura materna, donde, como señala Balint, la falla se construye en una relación diádica y no triangular, elemento que se corrobora con la interpretación arrojada en el test de Rorschach. Siguiendo a Balint (1993), observo, en el trabajo analítico, ciertos pacientes que no son capaces de interpretar, de comprender el análisis que el psicoanalista hace luego de recabados todos los datos de la vida del sujeto. Estas interpretaciones son sentidas por el paciente como un ataque o una exigencia exagerada sobre su persona; son individuos que interpretan a su modo al analista y parece que en la contratransferencia denotan un cierto esfuerzo por penetrar la piel del analista y saber todo lo que hace o piensa.

Un ejemplo de esta acotación se vincula con la relación contratransferencial que se genera en el establecimiento del vínculo:

Cuando la paciente ingresa al consultorio, la sensación que me genera con su lenguaje no verbal es que llega con mucha rabia; cuando se sienta se cubre sus rostro y brazos con un saco y con sus manos. Lo que me crea contratransferencialmente es repulsión por su apariencia física, ya que su rostro y brazos tienen como un tipo de brote o dermatitis. Durante la sesión July manifiesta: “mi mamá siempre me ha dicho que soy un monstruo”. En ese momento comprendo por qué ella se cubre su rostro; pienso que tal vez ella no quiere mostrarme lo monstruo que siente que es, y a la vez entiendo desde la transferencia porque siento repulsión al verla.

Así mismo, desde la lectura de Reich (1997), el análisis de la forma del carácter se observa bajo la función básica de construir una coraza contra los estímulos del mundo exterior y contra los impulsos internos reprimidos. Esto se relaciona con las manifestaciones somáticas de la paciente, que construye, a través de su imagen corporal, una imagen y concepto psíquico

de monstruo, donde este se transforma en la coraza que evita el contacto externo. De esta manera, las condiciones más importantes para la diferenciación caracterológica tienen que ver, según Reich, con la etapa del desarrollo en la cual se producen las frustraciones decisivas.

Por ejemplo, la paciente manifiesta la diferenciación que la figura materna hace del afecto con relación a la condición física de sus hijos, reflejo de su propio narcisismo. Así, en la paciente, como tan frecuentemente la clínica nos lo muestra, coexisten neurosis y alteraciones del carácter, como resultantes de las perturbaciones impuestas al narcisismo y al desarrollo infantil en el curso de la historia singular de este sujeto.

Se concluye que el carácter, en lo que concierne a su génesis, puede ser la resultante de determinadas vicisitudes impuestas a algunos componentes de la experiencia infantil y la incorporación a su yo, como contrainvestidura de formaciones reactivas, desplazamientos somáticos destinados a contrarrestar la frustración del yo. El carácter es la alteración del yo, normalmente resultante de las identificaciones heredadas de investiduras de objeto abandonadas; principalmente desde esta vertiente, cobra relevancia en su configuración la instauración del ideal del yo.

El carácter puede deber su génesis a la confluencia de situaciones traumáticas e injurias narcisistas que lo afectaron precozmente en su proceso de constitución. Los rasgos del carácter, aun aquellos que reunimos bajo idéntica denominación, por sus observables fenoménicas, no admiten una lectura unívoca, ni puede atribuirseles idéntica causa. La conducta que los caracteriza tiene el mero valor de punto de partida para el itinerario analítico. Este, si es afortunado, podrá recuperar (construir, reconstruir), en su historización transferencial, su sentido originario, para hacer posible la relación transferencial y terapéutica del yo que Freud proponía.

Referencias

- Balint, M. (1993). *La falta básica*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1972). Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa. Tomo III. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1972). Carácter y erotismo anal. Tomo IX. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1972). Tótem y tabú. Tomo XIII. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1972). Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular el erotismo anal. Tomo XVII. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1972). Los tipos libidinales. Tomo XXI. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1972). Análisis terminable e interminable. Tomo XXIII. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1972). Esquema del psicoanálisis. Tomo XXIII. En *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Greimas, A. (1971). *Semántica estructural*. Madrid: Gredos.
- Kornblit, A. (1984). *Semiótica de las relaciones familiares*. Buenos Aires: Paidós.
- Reich, W. (1997). *El análisis del carácter*. Buenos Aires: Paidós.
- Schust, P. (1992). *El carácter, una perspectiva freudiana*. Buenos Aires: Paidós.

